

# FALANGE NO ES UN PARTIDO

Cualquier análisis político o sociológico de Falange Española exige enfrentarse con planteamientos originales. En el momento actual su problemática sigue siendo excepcional y sin concordancia con la de otros grupos políticos. La síntesis a que estamos obligados, aquí y ahora, reduce nuestra perspectiva a un breve comentario sobre la afirmación: Falange no es un partido.

Resulta innecesario traer textos joseantonianos demostrativos de tan rotundo postulado. Es evidente que la doctrina falangista supone el desprecio del partidismo, por cuanto significa de esteril y artificioso. Pero, pese a la terminante claridad de sus enunciados, actuó dentro de las coordenadas de un partido. Item más, durante el tiempo de Franco se convirtió de hecho en un partido único y no es cuestión en este momento de señalar porqué.

¿Cómo debe enfocarse esta cuestión en la etapa que ahora comienza? Si el cauce para desenvolverse en el terreno político es el de los partidos, resulta obvio que de no renunciar a esa actividad se está obligado a la adopción de formas coincidentes con las de los partidos. La diferenciación estará en la mentalidad, en el espíritu y hasta en la acción. El partidismo es por naturaleza excluyente, los que pertenecen a los partidos que no están en el poder, desean el fracaso de sus antagonistas gobernantes y obran con ese ánimo aun cuando sus actos produzcan la ruina del país. Y operan así hasta los más moderados. Hemos visto a distintos grupos de la democracia cristiana viajar por Europa pidiendo que se nos cerraran puertas comerciales a sabiendas del mal que producían a sus connacionales. Y los socialistas han boicoteado el turismo, por ser precisamente una fuente básica de la economía, con pleno conocimiento de que se causaba un gravísimo daño a España y directamente a miles de españoles modestos.

Inevitablemente el partidismo político desemboca en posturas subjetivas y de negación. Pronto, cuando se abran las compuertas de la verbosidad electoral podremos entregarnos a un cuñoso ejercicio. Si juzgamos la política y a sus protagonistas guiándonos únicamente por lo que argumenten de ellos sus contrarios, llegaríamos a la conclusión de encontramos en un auténtico manicomio, a la vez que en una po-cilga de intereses económicos delez-nables, en donde cualquier desatino que pudiéramos imaginar resultaría pálido a la luz de cuanto de sus contrarios dirán quienes corran anhelantes tras un acta. Por el contrario, si nos remitiéramos a lo que de sí mismos digan unos y otros la felicidad, el bienestar y la abundancia nos aguardarán a la vuelta de la esquina. Que los dos tratamientos conducen a conclusiones equivocadas es incuestionable, en razón de tratarse de una farsa en donde la mentira, agresiva o encomiable, será dueña y señora del ambiente.

Claro está que la farsa tiene sus reglas y condicionamientos; por ejemplo, sin dinero abundante, la

idea más noble y los hombres mejor preparados pasarían en orden a la votación en una indiferencia absoluta. Nos atrevemos a decir que cualquiera que fuera el grupo vencedor, de no contar con apoyos económicos relevantes, quedaría sin opción posible al triunfo. Carter, sin duda, seguiría entre los senadores desconocidos de no haber contado con el respaldo de la ingente fortuna de los Kennedy.

Si añadimos que el sistema partidista produce en los países emocionales fluctuaciones pendulares, tendremos un signo negativo más. ¿Puede una nación tener planes eficaces si como ocurrió en 1931 se vuelca sobre la izquierda, en 1934 gira en redondo y vota a las derechas para en 1936 volver otra vez a la izquierda? Con situaciones así resulta imposible invocar la voluntad nacional, máxime si todos esos giros están en la mano de una masa indeterminada, sensible a la propaganda estruendosa de promesas que jamás se cumplen.

Que la situación de los políticos

en el poder no tenga relación con lo prometido carece de importancia. La masa no tiene memoria. Roosevelt hizo su campaña electoral con el slogan de mantener a los E.E.U.U. fuera de la guerra, después su mismo equipo propagandístico convenció a todos de lo útil y necesario de que la gran nación americana decidiera con su peso la victoria.

Si examinamos con mentalidad de partido la situación actual de los falangistas, su aparente dispersión habrías de tomar por calamitosa. Pero si consideramos sus ambiciosos propósitos de renovar hasta la raíz la injusta sociedad, de alcanzar un nuevo sentido de la vida, que surge de la crisis de la civilización occidental que obliga a nuevos conceptos morales y espirituales, entonces podemos admitir que la imposibilidad de reunificarla en forma de partido es la consecuencia de su ser vital.

Quedan para otros los programas a corto plazo, las cortapisas estatutarias, la rígida disciplina de secta. Ante un cambio histórico como el presente, se debe partir de bases firmes pero también con libertad para encañarse con las incógnitas del tiempo. Cuando Kahn y Wiener tratando de vislumbrar el futuro, exponen en su libro "El año 2.000" que de la doctrina joseantoniana pudiera surgir un movimiento capaz de vertebrar a Europa, no pensaban en que la Falange se redujera a un partido político.

David JATO